

Una maestra especial

A lo largo de la vida cualquiera de nosotros se ha topado con personas singulares, de esas que le marcan a uno para siempre, bien sea para bien o para mal. Lo más frecuente es que esas personas a que me refiero, tengan un algo especial, que las distingue del resto de los mortales. Generalmente esa influencia se debe a la posición que ocupan, como es el caso de nuestros padres, de algún familiar o allegado, de algún amigo, quizás de un buen maestro, y puede ser que hasta de un determinado cura.

Pero existen otras personas anodinas, que ni tienen una posición relevante, ni destacan mayormente entre sus convecinos, ni parece que puedan aportar nada a nuestro desarrollo personal, ni humano. Son sencillas, no se dan importancia. En pocas palabras, pasan desapercibidas. Sin embargo, sin pretenderlo, o tal vez por eso mismo, se han instalado, para siempre, en nuestro recuerdo, por alguna razón casi, pero no del todo, inexplicable.

Hago todo este preámbulo por que cuando yo era muchacho, había en Campillo una mujer menuda, chiquitilla, de la cual ya no quedará mucha memoria en el pueblo. Siempre iba solita, a todas partes. Casi nunca hablaba con la gente, parece como si rehuyera el trato con las demás personas.

Estaba soltera y vivía en familia, con la de su hermano Aquilino, en la calle Mayor. Se la veía, a veces, merodeando por los campos, recogiendo hierbas para los animales domésticos, en la misa los domingos, o en algunas otras raras ocasiones. A veces, cuando te cruzabas con ella, (yo era niño entonces) tenías la sensación de que te sonreía, pero, como no te hablaba, nunca sabías a qué carta quedarte. Era muy reservada. Lo cual le daba un aire un tanto misterioso que, en cierto modo infundía en mi mente infantil una especie de respeto mezclado con un cierto temor. A estas alturas de mi escrito ya se habrán dado cuenta de quien hablo ¿Verdad que sí? Pues claro, se trata de la tía Agustina. La Agustinilla se le llamaba, yo creo que cariñosamente.

Pero un día se rompió la barrera que nos separaba, a los muchachos, de ella. No recuerdo bien como fue. Sí recuerdo que la encontramos cerca de la Virgen de la Soledad, y alguien de la pandilla de niños que formábamos, seguramente porque ya debía saber algo de sus habilidades, le pidió que nos contara alguno de sus cuentos. Ella al principio se resistía, como si le diera vergüenza, e incluso inició una especie de tímida huida. Pero, ante nuestra insistencia, acabó sentándose en una piedra. La rodeamos y entonces, como si se tratara de una aparición, comenzó a recitar, con una voz dulce y entonada:

Divino Antonio precioso,
suplícale al Dios inmenso
que, por tu gracia divina,
alumbre mi entendimiento.
Para que mi lengua
refiera el milagro,
que en el huerto obraste.
a edad de ocho años...

No es cuestión de reproducir aquí, en su totalidad, el romance de “San Antonio y los pájaros”, porque es un poco largo, pero sí incluiré aquí unos cuantos versos de él, que a mí me gustaba mucho escuchar de labios de Agustinilla. Se trata del momento en el que San Antonio, después de haber encerrado a los pájaros en una habitación de la casa para que no se comieran las cosechas, les manda salir en orden y ellos obedecen solícitos sus indicaciones:

...Vaya, pajaritos,
ya podéis salir.
Salgan cigüeñas con orden
águilas, grullas y garzas,
gavilanes y avutardas,
lechuzas, mochuelos, grajas.
Salgan las urracas,
tórtolas, perdices,
palomas, gorriones
y las codornices.
Salga el cuco y el milano,
burla-pastor y andarríos
canarios y ruiseñores,
tordos, gafarrón y mirlos.
Salgan verderones,
y las cardelinas,
y las cogujadas,
y las golondrinas.
Al instante que salieron
todas juntitas se ponen,
escuchando a San Antonio
para ver lo que dispone....

La Agustinilla lo recitó entero, sin titubear y añadió además el de “El armonio de Villajuán. ¡Increíble! ¡Aquella buena mujer recitando poesías! ¡Qué maravillosa sorpresa!

Desde aquel día la abordamos en sucesivas ocasiones y ella seguía instruyéndonos y deleitándonos, con otros romances y cuentos. Nunca he olvidado aquellas “clases” de Agustinilla, en pleno campo, bajo la sombra de “las olmas” en algunas ocasiones, otras veces bajo los chopos del “Alambique” o en la ribera del arroyo.

Sí, ya sé que esta persona de la que hoy he hablado no era precisamente un gran personaje, de entre los muchos y afamados que ha producido Campillo. No pertenecía ni al clero, ni a la milicia, ni a la abogacía, no tenía más títulos que su humildad y sencillez. Podría parecer incluso que era insignificante. Pero, con sólo eso, contribuyó de una manera mágica, a que, al menos yo, descubriera el mundo de la poesía, lleno de encantos, de sorpresas y de maravillas. Aprendí, de memoria, algunas de esas composiciones, que ella nos recitaba y las he llevado siempre conmigo a donde quiera que he ido, unidas inseparablemente a la memoria, al respeto y al afecto hacia La Agustinilla.